



Lo Transgeneracional, entre mito y secreto

Anna María Nicoló Corigliano



*Contribución presentada en el Seminario Internacional de estudios: “Dinámicas inter - generacionales en el desarrollo y en la clínica”, Nápoles, 12 de Noviembre de 1993

Artículo (modificado en parte) extraído del n 1/96 de *Interazione* (revista editada por Franco Angeli)

El creciente interés del psicoanálisis por las dimensiones trans -generacionales presentes en el funcionamiento de la mente individual y en el de las organizaciones familiares o institucionales, muestra- a mi juicio - un desplazamiento radical de óptica, desde una dimensión intra -psíquica al estudio de las relaciones entre lo intra-psíquico y lo interpersonal.

El subrayado del término interpersonal comprende cabalmente temas usualmente mirados con prudencia por el psicoanálisis clásico, tales como los de la realidad externa, el contexto, las interacciones entre las personas, e implica la necesidad de utilizar conceptos nuevos o viejos, pero vueltos a ver bajo una nueva luz, como por ejemplo, la identificación.

Además, lo interpersonal de que hablamos, es el punto de encuentro de dos vectores, uno de los cuales nos lleva al pasado del sujeto e incluso más allá de sus orígenes, a la historia de sus padres, de otras familias anteriores a la suya: otro vector nos lleva al funcionamiento en el aquí y ahora de la familia, a la relación existente entre las personas en el campo, a los contenidos comunicados por ellas y a los modos con los que comunican en el asunto que el vínculo “entre” las personas es el tercer elemento distinto, producto de su estar en interacción, no posible de ser reconducido a la persona singular, sino elemento nuevo que a su vez lleva su influencia al mundo interno del singular.

Una de las distinciones más claras a este respecto, alrededor del tema de la transmisión entre distintas generaciones, se la debemos a Kaës (1993), quien distingue entre transmisión trans -psíquica e intersubjetiva, definiendo con claridad que lo que se transmite entre los sujetos no es del mismo orden que lo que se transmite “a través” de ellos, utilizando entonces la mediación del objeto y la experiencia de la separación.

A la transmisión trans-psíquica, que presupone la ausencia de los espacios intersubjetivos, pertenecen los fenómenos de inducción, de sugestión, de “contagio” y de “infección psíquica” (para usar términos freudianos). El espacio originario de la transmisión intersubjetiva es, en

cambio, la familia, y es aquí que se ubica la transmisión trans -generacional con sus efectos en el plano intrapsíquico y en el intersubjetivo o interpersonal.

Desde esta óptica pueden derivar dos puntos de vista aparentemente similares, uno, que retiene el mecanismo de la transmisión trans -generacional; una suerte de “situación universal que en uno u otro momento del análisis podría ser interpretable a condición de que el analista la tome en cuenta” (Faimberg, 1985) y el otro, que en cambio lo piensa como una patología de la subjetividad, señalando la presencia, en el espacio psíquico, de factores ego-alienantes (Winnicott, 1969) o de visitantes del yo (de Mijolla, 1986) o de objetos que hacen enloquecer (García Badaracco, 1986), que obstaculizan la capacidad elaboradora y constituyen una verdadera intrusión y expropiación de la psiquis.

Si bien repetimos que no existe transmisión que no esté siempre confrontada y transformada por la capacidad de elaboración individual, sin embargo sigue siendo central el tema de la relación entre la mayor o menor capacidad de contención y elaboración del yo y el rol, la violencia, la intensidad de la presencia del otro.

Una propuesta que nos podría permitir comprender mejor estos fenómenos sin contraposiciones inútiles, es la que proponen muchos autores, entre los cuales Laplanche y Faimberg, de distinguir las cualidades de la presencia del otro dentro de nosotros: distinguir por ejemplo, entre función y apropiación o función de intrusión (Faimberg, 1985) o entre implante e intromisión (Laplanche, 1987). Por implante se entiende un “proceso común mediante el cual los significantes que, vehiculados del adulto, son fijados en la dermis psico - fisiológica de un sujeto en el cual aún no se ha diferenciado el inconsciente, de modo tal que podría hablarse-para tal propósito- de transmisión del inconsciente” (Balsamo, 1994).

El implante tiene pues una cualidad fisiológica, es “la necesaria pre-figuración del otro...el injerto necesario de un empuje a vivir”, que naturalmente tiene que tener en cuenta las modalidades que le han sido propuestas desde el inicio de la vida.

La intromisión en cambio, es la variante patológica del proceso que con violenta intrusión emite en la persona un elemento no metabolizado o no posible de metabolizar que la parasita desde adentro.

Inspirados en los estudios de Green sobre el negativo, en los años 70, se desarrollaron numerosas investigaciones sobre estos temas. Por ejemplo, Abraham y Torok (1978), con sus trabajos sobre la cripta y el fantasma, hablan del enquistamiento en el inconsciente del sujeto, de formaciones inconscientes de otro que son asimiladas como un fantasma a través del mandato de un antepasado.

Todos estos trabajos afirman que la transmisión trans -generacional se organiza a partir del negativo, no sólo de aquello que fracasa o falta en la metabolización psíquica, sino también de eso que nunca ha ocurrido, de aquello que no ha sido representado o no es representable.

Trauma y elementos trans-generacionales

¿Por qué lo trans-generacional a menudo está ligado en nuestras fantasías, en la literatura, a historias patológicas? ¿Por qué nos interesamos en la historia de la familia de origen, sobre todo con los pacientes más graves?

¿Por qué, pudiéndose verificar mil historias posibles desde el mismo punto de partida, ocurrió justamente esa? Los temas de la muerte, del incesto, del matricidio o del parricidio, del abandono, del cambio de persona, de la culpa inconfesable por un delito o crimen sexual, son los términos recurrentes ya sea en las leyendas o en los mitos familiares, pero también en otras dimensiones trans-generacionales.

Sería de poca utilidad que nos pusiéramos a hacer una lista puesto que el aspecto importante no es la naturaleza del trauma en sí mismo, sino más bien la incapacidad del sujeto o del grupo que lo rodea para elaborarlo, pudiéndose generar así, de la angustia que lo subtiende, dos caminos; uno hacia la compulsión de repetición, que vuelve inútil el paso del tiempo y el desempeño de las generaciones, y el otro, que abre la historia a la solución y a las reparaciones creativas, motivadas por la angustia que habría caracterizado la elaboración del trauma.

Si tuviéramos que plantearnos la pregunta: “¿Por qué ocurrió esto siendo posible que las cosas resultaran distintas?”, tendríamos que invocar una multiplicidad de factores, algunos atinentes a la organización afectiva de la familia, otros, a la constitución individual, otros en fin, a lo imprevisible del caso. En los mitos, en las leyendas y en las tragedias, el crimen nunca ha sido un evento aislado de un individuo singular. Al contrario, ello está en el centro de un nudo colectivo de múltiples acciones en las cuales cada uno juega una parte precisa.

Por ejemplo, en la tragedia de Esquilo, que narra la venganza de Orestes contra su madre Clitemnestra y contra Egisto, para vengar el asesinato del padre, Agamenón. Orestes, que podría ser el representante de una tragedia psicótica, se siente ejecutor material de estos homicidios, más que el ideólogo, y se siente atrapado en una red que, pasando a través de la madre y su amante y el dios Apolo, quien había ordenado la venganza y las *Furias*, llega hasta el mismo Agamenón el cual, de víctima de su mujer, revela haber sido en el pasado su primer perseguidor. De hecho, en una de las tantas versiones del mito, se había casado con violencia con Clitemnestra, después de haber dado muerte con la espada a su primer marido, Tántalo, y a un bebé que aquella estaba amamantando.

Tragedia espeluznante, pero no lejana en algunas de sus características, a la de varias historias familiares de psicóticos en las que se representan hechos de homicidio, de matanza de niños, o de abandono, o de cambio de personas.

Para comprender estos fenómenos debemos remitirnos a algunas distinciones importantes.

Sabemos que nuestra mente puede estar equipada para enfrentar el dolor mental por medio del pensamiento, la remoción, la proyección o la negación, pero también hay otros mecanismos más primitivos tales como la escisión, la desmentida o la identificación proyectiva masiva y evacuadora. Sin embargo podemos preguntarnos si la transmisión transgeneracional no utiliza otros mecanismos, en parte aún desconocidos.

“Existen otros métodos potentes y verificables en las situaciones más patológicas, para liberarse del dolor, tales como transportarlo o transferirlo a varios objetos del mundo externo, a otros fuera de nosotros o incluidos en nosotros” (Meltzer, 1979). Este mecanismo es una defensa trans -personal que podríamos describir como una suerte de inducción en el otro, por ejemplo en uno de los miembros de la familia o de la pareja, de estados de ánimo, sentimientos y fantasías hasta incluso verdaderos y propios comportamientos que son posibles de individuar, sobre todo si observamos el contexto y el clima que rodea a las particulares interacciones. Los fenómenos aún desconocidos de la locura de a dos son quizás mayoritariamente explicativos de este discurso.

La literatura psicoanalítica de estos últimos años se ha detenido en estos argumentos y autores de diferentes orientaciones han expresado sorprendentemente conceptos similares en varios sentidos, así como Meltzer (1979), que habla a este respecto de “transporte del dolor mental más que una simple defensa contra él”. Por otra parte, Sandler (1987), afirma al respecto que en las relaciones humanas y también en la relación analítica “cada parte busca imponerse a la otra, exteriorizar en cada momento lo que puede llamarse una relación de rol intrapsíquica. En este contexto -afirma -las relaciones objetales son fundamentalmente relaciones de rol importantes”. Así, cada uno intentará actualizar (“en el sentido de hacer real una acción o hecho”) la relación de rol inherente a su actual deseo o a la fantasía inconsciente dominante. Y este mecanismo determina un “fuerte apego al otro”, si bien no siempre el vínculo que llega a crearse sea de afecto.

Sufrir en otro, sufrir en lugar de otro, llega a ser posible desde este punto de vista, sobre todo si el otro es un miembro de otra generación.

Pero ¿qué tienen de característico estos traumas cuyos efectos sobrepasan el límite generacional? ¿Depende de la intensidad del trauma, del período de la vida y de la maduración del Yo del sujeto? ¿Y qué podemos conferir a las múltiples pero impalpables situaciones traumáticas (el trauma acumulativo) que también caracterizan la historia de muchos pacientes?

Del examen de los mitos y de las leyendas o de las historias familiares de muchos pacientes, se evidencia la incapacidad de operar un duelo de estos eventos traumáticos que han caracterizado la historia familiar y que el mito testimonia. La distinción entre culpa depresiva y persecutoria asume una relevancia central puesto que esta última, la culpa persecutoria, hace que el duelo sea complicado y no posible de elaborar.

La imposibilidad o la incapacidad de desarrollar una enfermedad depresiva para uno de los miembros de la generación precedente puede ser el elemento central que causa también la incapacidad para todos los otros de dejar el campo y se traduce en la generación siguiente como defensa contra una depresión que ni siquiera se puede contactar, en un traslado de la pena psíquica, en una introducción inconsciente en el otro, en un enfermarse en el otro que a veces tomará formas diversas y muy concretas.

Podríamos decir que desarrollar una enfermedad depresiva es una suerte de capacidad y sólo un yo suficientemente capaz de tolerarla puede enfermarse de ello, pena el pánico, la confusión y la angustia psicótica.

La permanencia del sentido de culpa persecutoria hace que paradójicamente el objeto, si bien muerto, esté siempre vivo y capaz de amenazar el resto de sí mismo. Así como la sombra de Banco en Macbeth. Como el espectro de Hamlet, el objeto será mantenido en animación suspendida, como una especie de cadáver viviente que parasita la mente del sujeto y coloniza la vida de la familia, realizando al mismo tiempo la desmentida de la muerte, y de una vida autónoma y, por lo tanto, la posibilidad de un verdadero nacimiento psicológico. La persistencia de tales aspectos en el transcurso del tiempo se puede manifestar de distinta manera en la familia. Estos déficits de la simbolización inconsciente que se revelan como un material indigesto, no elaborado por uno de los padres o por la pareja parental (Bonaminio-Giannotti- Carretelli, 1989) son algunas de estas manifestaciones y se pueden hacer visibles de forma patológica o en la contratransferencia del analista o en actuaciones de los miembros de la familia, aquellos que Evelyn Granjon (1990) llama “las voces del silencio”. A veces se ligan de forma más o menos explícita a un secreto familiar y a un no-dicho depositado en la memoria de uno en particular, capaz sin embargo de secuestrar en sí una parte de la vida fantasmática familiar. O bien pueden manifestarse como mitos familiares o como núcleos de historias familiares, de recuerdos, eventos o imágenes idealizadas, caracterizados por una mezcla de elementos utilizados ya sea como aspectos identificativos, ya sea como comunicación de modalidades relacionales que deberán aprehenderse y codificar en el tiempo. Estos núcleos parecen ser áreas que coagulan y organizan a su alrededor buena parte de la vida emocional y fantasmática de la familia, empobreciendo otros aspectos de la vida de relación.

La función de estos elementos es repetir compulsivamente, impidiendo en realidad el recuerdo asimilable del evento; tienen por lo tanto una función anti-memoria (A. de Mijolla, 1986). En su versión positiva son ocasionalmente una ayuda transitoria en determinadas fases de la existencia.

Trans-generacional y mito

El problema se vuelve más complejo aún si pensamos que en la compleja vida fantasmática familiar, un elemento relevante que contribuye a los procesos de identificación de cada quien y que entra en pleno derecho en lo trans-generacional es el mito.

En este caso no estoy hablando de los mitos “públicos”, retomando la distinción hecha por Bion, como por ejemplo, el mito de Edipo o el del Edén o el de la Torre de Babel, más bien estoy refiriéndome a los mitos entendidos como fantasías inconscientes grupales transgeneracionales que forman parte del universo simbólico familiar y se refieren en general a la historia familiar, se remodelan en el curso del tiempo, si bien dejan un núcleo intacto en el origen, núcleo que a veces permanece secreto en el curso de las generaciones.

En su constitución y permanencia contribuyen todos los miembros de la familia, de generación en generación, organizando de este modo la continuidad de la cultura del grupo familiar y perpetuando en las situaciones patológicas un funcionamiento generador de trauma para el individuo.

A través de las investigaciones antropológicas podemos extraer la consideración de que el mito no puede ser comprendido fuera del rol que desempeña en la comunidad. Prácticamente ello tiene por tarea mantener la tradición en un grupo social donde el pasado es más importante que el presente y en constituir un modelo en el cual el presente no puede ser sino una repetición. En este sentido, desempeña una función importante en los momentos de crisis y tensión y es un instrumento defensivo del grupo para enfrentar las ansiedades catastróficas de cambio.

En consecuencia, los mitos familiares, pueden considerarse ya sea una fantasía inconsciente compartida o, como afirman los autores sistémicos, una serie de creencias sólidamente integradas y compartidas por todos los miembros de la familia en sus interacciones recíprocas.

Algunas veces estos mitos requieren de grandes distorsiones de la realidad, pero nunca son negados por ninguna de las personas implicadas en ellos. No obstante ellos difieren de la imagen que la familia como grupo presenta al exterior, en cambio, son una parte de la imagen interna de aquello que todos contribuyen y se esfuerzan en conservar.

A pesar de ello, no creo que sean tan importantes las temáticas propias de los mitos familiares, de armonía o de guerra, correlacionados con un personaje ilustre o con una historia vergonzosa. El mito es útil más bien por cuanto parte de los instrumentos que están a disposición de cada cual para aprehender de la realidad y este es el elemento que determina su perpetuación.

De hecho, el mito no sólo narra algo sino más bien habla a través de lo que narra. El material narrativo que forma parte del mito es el instrumento a través del cual el mito comunica.

Se llega así a una concepción diferente del mito, que es observado por primera vez con Lévi-Strauss como un objeto semiótico, como un lenguaje en el cual “cierto material significante – la narración – tiene como función transmitir cierto significado” (1962). A causa de esto, el mito liga diferentes niveles de la realidad y su gran importancia nace de su capacidad para

ser un auténtico inter-código, justamente por las relaciones que él constituye entre los distintos niveles de la realidad.

Si bien el mito parece describir la realidad, más bien enseña y prescribe cómo la realidad debe ser leída.

Por cierto, en las dimensiones no patológicas, la dimensión prescriptiva puede ser puesta en discusión por la historia personal del sujeto quien, por lo tanto, puede re-significar a posteriori, algunos aspectos del mito más que otros. Así, la leyenda de la abuela fascinante y liberal que había hecho la fortuna de la familia haciendo que un noble ricachón le dejara una herencia, podrá también mirarse retrospectivamente bajo determinada dimensión, dejando a la sombra y no activadas las valencias de otras dimensiones, según la variabilidad de la historia y de la personalidad individual. El mismo mito puede llegar a ser la historia de una mujer fascinante y liberal que no le teme a los prejuicios y que pone buena cara a la mala suerte, que toma ventajas de situaciones desesperadas y es capaz de hacerse amar por un pretendiente. Pero también puede ser la historia que avergüenza de una mujer cínica y aprovechadora que engaña a los hombres, los aprisiona, se aprovecha, los usa y luego los desecha y, al mismo tiempo, se deja usar y luego desechar.

Estos dos aspectos del mito también pueden estar siempre presentes en el mundo familiar, determinando por ejemplo, temores que se activan en momentos particulares del ciclo vital de un sujeto o de la familia: por ejemplo, en la adolescencia, cuando una niña (la nietecita de esa abuela liberal) se transforma en mujer y su imagen sexuada debe ser integrada a su mundo interno y a las relaciones familiares. En este sentido, el código del mito se califica como instrumento de conocimiento y como código ético.

El secreto en el espacio intra-psíquico e interpersonal

Todos aquellos que estudian las familias, en especial a las más graves o con uno de sus miembros psicótico, saben la importancia patológica o patógena de los secretos familiares. En general, si pensamos en un secreto, pensamos más bien en el derecho al secreto, en el derecho a tener pensamientos secretos, pensamos en su significado entendido como “condiciones para poder pensar” (Aulagnier, 1986), pensamos por supuesto en Winnicott quien, en un texto de 1963 sobre *Comunicar y no comunicar*, explicita el sentido del secreto como área del sí mismo y hace una distinción entre el no comunicar activo o reactivo. Se puede afirmar que cada familia y cada individuo han organizado psicológicamente una parte de sí alrededor de un secreto. Basta pensar en el espacio secreto y misterioso de la escena primaria como elemento organizador de la psiquis individual y la realidad concreta de la sexualidad de los padres como elemento fundador del funcionamiento familiar.

A este respecto conviene recordar que hay pacientes que se fabrican falsos secretos justamente para compensar la falta de un espacio personal interno y cómo a veces estos falsos secretos mantienen fragmentos de identidad del sujeto impidiéndole derivar en una

catástrofe psicótica(1). Pero cuando se habla de secretos familiares, más bien se hace alusión a un aspecto subvertido del funcionamiento familiar, a algo que interrumpe o pervierte en su orientación a las cadenas asociativas familiares, como una suerte de objeto-fetiché de la vida familiar (2) que, a pesar de todo, es transmitido de una generación a otra y cuyo efecto patógeno es sobre todo el hecho de renovar un funcionamiento secreto.

Por lo tanto es necesario detenerse más bien en el funcionamiento que el secreto desarrolla en la economía intra-psíquica e interpersonal del sujeto y de la familia. En las dimensiones patológicas, el acto mismo de crear o perpetuar un secreto puede traducirse en un secuestro activo de aspectos o partes de la vida emocional individual o familiar, que se transfiere transgeneracionalmente. Y lo que es patológico y patógeno es el funcionamiento del secuestro más que el objeto del secreto; sustraer algo a un espacio potencial donde puede instaurarse una reciprocidad elaboradora entre el yo y el otro y entre el yo y uno mismo. De esta manera se perpetúa la repetición traumática de las consecuencias del primer evento y el tiempo se detiene. Podemos asistir además a la interacción de un doble registro representativo cuyos efectos más relevantes se refieren a la identidad del sujeto, puesto que uno de los dos está en relación con el secreto y con la realidad secuestrada que ello representa. La convivencia continua y paralela de estos dos registros dentro de la familia y dentro del sujeto crea la perpetuación de un estado de escisión difícilmente superable, ya que una integración presupone la posibilidad para el sujeto de integrar un aspecto alienante y secuestrado que no pertenece a su historia y que él jamás ha conocido personalmente.

Los síntomas más graves o ciertas manifestaciones psicósomáticas son expresión del punto de encuentro-desencuentro entre estos dos registros, pudiendo representar la solución paradójica el hecho de que estas dos vías paralelas se toquen y se conozcan mutuamente. A veces no obstante podemos asistir en el escenario terapéutico, a la aparición de elementos presentes en los sueños de uno o más miembros de la familia, que representan una comunicación directa o indirecta a través de la cual el secreto vuelve a hablarnos.

Transmisión trans-generacional y procesos de identificación

Desde luego, es evidente que el tema trans-generacional está estrechamente ligado a la constitución de los procesos de identificación. En este sentido quizás remitir lo transgeneracional a los trabajos sobre el negativo, a aquello que se organiza a partir de un vacío o de una falta, es importante, pero restrictivo a la vez.

Desde 1913, en un trabajo sobre la fantasía del trastoque de las generaciones, Ernest Jones hablaba de la identificación del niño con los antepasados y de cómo los padres buscan “plasmarse al hijo a incorporar en sí mismo el carácter del abuelo o de la abuela”. Así como un nombre traspasado de un abuelo a un nieto, una tradición de la elección profesional o una leyenda familiar, pueden funcionar al mismo tiempo como un elemento que contribuye a la identidad de la persona y que aumenta la unidad y la fuerza de cohesión del grupo.

Nos quedan abiertas las preguntas acerca de qué relación habría entre identificación con el padre y con el antepasado, si ambos son superponibles, conflictivos, sintónicos o si en cambio, a través de los pliegues trans-generacionales se insinúan más a menudo aquellos aspectos más escandalosos, denegados, que son patológicos y patógenos.

¿Qué determina al interior de la economía psíquica la identificación con un antepasado nunca visto o tan solo conocido a través de la memoria de los otros? ¿Puede, en este caso, mantenerse el nombre de identificación o más bien este es un proceso del todo peculiar? H. Faimberg (1985) habla al respecto de identificaciones “mudas y no audibles”, que pueden manifestarse en un momento clave de la transferencia y que devienen audibles sólo si se devela la historia secreta del paciente.

Puesto que esta identificación es un tipo de vínculo entre las generaciones, la identificación misma incluye necesariamente en su estructura elementos fundamentales de la historia de ese objeto, fuente de identificación. Dado que este particular proceso identificatorio condensa una historia de más generaciones, por lo menos tres, Faimberg (1985) lo define como *Telescopical generationnel*, término sugerente para expresar la experiencia de ver de cerca y al presente, como si usáramos un telescopio, lo que perteneció a generaciones pasadas.

Indudablemente todos los fenómenos que he citado en los párrafos precedentes, tales como el mito, el secreto o la identificación con un antepasado (3), van a formar parte del proceso identificador. Por lo tanto, en nuestra mente puede existir algo organizado, que no pertenece sólo al curso de nuestra vida. A veces, este elemento o conjunto de elementos son –para retomar la definición de Laplanche – fisiológicamente, implantes y, para nosotros, es posible hacerlos propios e integrarlos en una compleja operación de reapropiación. A veces en cambio, reenvían a un violento proceso de intromisión (Laplanche, 1987) o intrusión (Winnicott, 1969) o colonización (Meltzer, 1979) en la mente, parasitada así desde el interior. A menudo, lo que se determina es la creación de un doble registro interno e interactivo, como bien se comprende si se consideran los efectos de un secreto familiar capaz de generar una escisión precoz entre aspectos aceptados y aceptables, que actúan al descubierto en la vida familiar, y aspectos ocultos, escindidos o negados que, en cambio, corresponden al secreto.

La creación de personalidades con una identidad dual o múltiple puede estar referida a tales experiencias.

El problema se hace notorio cuando la necesidad de adquirir un estado de autonomía y separación comporta un proceso de des-identificación o de transformación creativa de las identificaciones precedentes. Este proceso conlleva una selección, una transformación, quizás un abandono de las herencias fantasmáticas precedentes que hemos recibido de los otros, especialmente de nuestros padres.

El trabajo sobre estos aspectos es complejo y difícil puesto que ellos no son cuerpos extraños que un cirujano pudiese aislar y remover. Si, por una parte parasitan al sujeto y la vida de relación, por otra, son constitutivos de su identidad y la de la familia. Una elaboración de ellos en el transcurso del proceso psicoanalítico puede equivaler por lo tanto a una renuncia de aspectos vitales y a una pérdida de identidad e impondría un doble duelo, aquel de partes de sí y el de partes del padre o del antepasado o de la familia con los cuales la persistencia de estas problemáticas funciona como vínculo potente.

NOTAS:

1. Recuerdo el caso de una mujer que consultó, que venía de otra ciudad: La señora quedó viuda a la edad de 40 años. Aislada del resto de su familia de origen había desarrollado, junto con una vida profesional intelectualmente activa, compleja y llena de éxitos, una organización delirante que hacía que se sintiera secretamente controlada a través de cualquier línea telefónica existente en su ciudad. La impresión que tuve era que estas dos construcciones secretas, que por otra parte no interferían con su rendimiento laboral, le servían en el fondo para llenar su vida afectiva, haciéndola sentir que siempre estaba acompañada por alguien e impidiéndole así una forma grave de depresión.
2. Así lo define Recamier y quiero recordar que Greenacre dice algo similar respecto a los secretos individuales.
3. Eiguer habla de identificación con un objeto trans-generacional.

BIBLIOGRAFIA:

Abraham, N., Torok, M. (1978) – *L'écorce et le noyau*, Paris, Aubier-Flammarion

Aulagnier, P. (1986) – Les deux principes du fonctionnement identificatoire (permanence et changement). En: J.J. Baranes et al. *Psychanalyse, adolescence et psychose*. Paris –PAYOT.

Balsamo; M. (1994)- L'altro che è in noi. Una riflessione sul transgenerazionale, *Interazioni*, 1, 1994. Roma: Franco Angeli.

Bonaminio, V., Carratelli, T., Giannotti, A. (1989)- Equilibrio e rottura dell'equilibrio nella relazione fra fantasie inconscie dei genitori e sviluppo normale e patologico del bambino. En: AAVV *Fantasie dei genitori e psicopatologia dei figli*. Roma. BORLA.

De Mijolla, A. (1986) – *Les visiteurs du moi* –Paris, Sac Édition “Les belles lettres”

Eiguer, A. (1986) – Les représentations transgénérationnelles et leurs effets sur le transfert dans la thérapie familiale. Gruppo, 2

Eiguer, A. (1991) – L'identification à l'objet transgénérationnel- *Journal de la Psychanalyse de l'enfant* , 10.

Faimberg, H. (1985)- El telescopaje de generaciones: la genealogía de ciertas identificaciones. *Revista de Psicoanálisis*, 42, 5 p.1043 a 1056.

Faimberg, H. (1993) – A l'écoute du télescopage des generations: pertinence psychanalytique du concept. In: Kaës, R. et col. *Transmission de la vie psychique entre générations*– Paris, DUNOD.

García Badaracco, J.(1986) –Identification and its vicisitudes in the Psychosis. The importance of the concept of the “Maddening object”. *International Journal of Psychoanalysis*, 67.

Granjon, E. (1990) – Alliance et aliénation, ou les avatars de la transmission psychique intergénérationnelle, *DIALOGUE*, 108.

Jones, E. (1963) – La fantasía del trastoque de las generaciones. En : *Teoría del simbolismo, scritti sulla sessualità femminile ed altri saggi*,Roma, ASTROLABIO.

Kaës, R.et al. (1993) – *Transmission de la vie psychique entre générations*, Paris, DUNOD.

Laplanche, J. (1987) – *Nouveau fondements pour la psychanalyse*, Paris, PUF.

Lévi-Strauss, C. (1962) – *La pensée sauvage*,Paris, PLAN.

Meltzer, D. (1979) – Un approccio psicoanalitico alle psicosi – *Quaderni di psicoterapia infantile*, 2, Roma, BORLA.

Nicolò, A.M. (1987)-La relation thérapeutique en thérapie familial. En: Ackerman, A., Andolfi, M. (a cargo de) *La création du système thérapeutique*, Paris, LES ÉDITIONS ESF.

Sandler, J. (1976) – Countertransference and Role-Responsiveness- *International Revue of Psychoanalysis*, 3.

Sandler, J. (1987) – *Projection. Identification. Projective Identification*, Madison; INTERN. UNIV. PRESS.

Winnicott, D.W. (1963) – Communicating and not communicating leading to a study of certain opposites. In: *The maturationprocess and the facilitating environment*, London, THE HOGART PRESS, 1965.

Winnicott, D.W. (1969)- Mother's Madness Appearing in the clinical material as an Ego-alien factor. In: *Psychoanalytic Explorations*,London, KARNAC.

Traducción del italiano a cargo de: Marcella Chiarappa

Texto del archivo de la Escuela de Psicología Grupal Enrique Pichon-Rivière · Análisis Institucional.